

LA OTRA LECTURA. CAVILACIONES ACERCA DE ESOS HIJOS LECTORES

GABRIELA CAMPOS¹

RESUMEN

En un estilo propio del ensayo la autora reflexiona sobre el dar a leer en la escuela y su impacto sobre la construcción del sujeto, de los vínculos y la centralidad de la lectura en la educación.

PALABRAS CLAVE

DAR A LEER-ESCUELA-EDUCACIÓN

-El pie en el libro

*Los niños, esos seres extraños de los de los que nada se sabe,
esos seres salvajes que no entienden nuestra lengua.*
Jorge Larrosa

Recorre el asombro primero del libro abierto: el olor, los colores, las formas, las texturas... El libro mira los ojos del primer asombro. Está vivo.

Lee con el cuerpo. Insiste en meter la mano en el liso frío del papel ilustración. Señala, sí, pero también toca. Toca las letras, los dibujos, toca los bordes, donde ya no hay nada. Toca la nada que el libro le acerca, la nada que le propone el libro abierto, el silencio. Y además toca con las manos y toca con los pies. No solamente toca con la mirada, no le alcanzan los ojos para mirar. Usa sus pies, incluso. Como un contorsionista levanta sus pies y toca el libro. Entonces me cuesta decidir que se trata de eso, que está leyendo con el cuerpo, como leía con el cuerpo los signos del nuevo mundo al que nació. Como leía con el cuerpo el alimento que entraba por su boca. Como aprendía a descifrar la vida:

¹ Profesora de Lengua y Comunicación Oral y Escrita. Especialista en Educación y TIC. Escritora.



Mucho antes de disponer del lenguaje, un bebé «lee» el mundo que lo rodea, busca señales, anticipa acontecimientos según esas señales, registra rastros de significación entre un tono de voz, un rumor de fondo, un ruido de pasos por el pasillo y la desazón, o el consuelo. El movimiento de una cortina, cierta luminosidad, el contacto con la colcha de la cama algo «le dicen». No se trata de un significado que está allí de antemano, no es cierto que ese movimiento de la cortina, esa luminosidad o ese contacto con la colcha estén preparados para decirle lo mismo a cualquier otro bebé. Él ha construido la significación, es resultado de su trabajo. (Montes: 2007, 2)

Entonces me cuesta no interrumpir esa lectura ajena a mí, esa lectura otra que no comprendo, que abandoné hace tiempo. Y digo no, digo basta, digo bajar los pies, digo quedarse quieto. Todos decimos «estoy leyendo». Hasta que vuelvo a mirar. Hasta que tal vez vuelvo a comprender un poco. Interrumpo mi ignorancia. Dejo hacer, dejo leer desde ese desprenderse de sí, de lo que se sabe –que es un no saber–, para encontrar en las palabras oídas, en la voz que acerca la palabra, en el susurro de una lengua a la vez conocida y desconocida, en la superficie suave del papel sobre la planta del pie. Encontrar(se). El pie que pisa la página de un libro. Empieza a caminarlo. Ha dado su paso por ahí, ha comenzado el viaje.

Es mi hijo quien lee. El niño que comprende demasiado, desde un lugar otro:

La infancia es lo otro: lo que, siempre más allá de cualquier intento de captura, inquieta la seguridad de nuestros saberes, cuestiona el poder de nuestras prácticas y abre un vacío en el que se abisma el edificio bien construido de nuestras instituciones de acogida. Pensar la infancia como algo otro es, justamente, pensar esa inquietud, ese cuestionamiento y ese vacío. Es insistir una vez más: los niños, esos seres extraños de los que nada se sabe, esos seres salvajes que no entienden nuestra lengua. (Larrosa: 2000, 66)

«Dar de leer». El gesto, dice Carlos Skliar (2011), de dar de leer y retirar la mano que da. Dejar lo dado que es, también, dejar ser en la lectura, permitir el descubrimiento, el cubrimiento de la lectura propia, la lectura del Uno, para dejar ser la lectura del Otro. Dar de leer como se ha dado el pecho, con el cuerpo. Dar de leer como se ha escrito, también con el cuerpo. Para retornar al cuerpo, para dejar que el cuerpo lata, que palpite la palabra, que viva. Y es la lectura viva la que hace posible la lectura a secas. La lectura posible, la que usa el cuerpo y, desde un cuerpo a otro cuerpo (el de quien da de



leer, el de quien lee), a otro cuerpo (el de quien ha escrito), permite el fluir de la palabra viva.

- Dar(se) la lectura

La lectura para los niños, niñas y jóvenes puede ser un vehículo para el ejercicio de la libertad y de la imaginación o puede ser una actividad controlada y manejada para modelar las mentes y ejercer un cierto control sobre ellas.

Laura Guerrero Guadarrama

Entonces pienso en mis propias lecturas, en todas las lecturas que quiero dar de leer, no desde la mezquindad de la mano que da y se queda, controladora, guiando el recorrido, traduciendo signos, sino desde el dar una vez y otra vez y otra vez más. Un dar-darse, que es también un darse la lectura en tanto experiencia, en tanto un estar leyendo. Y así busco pensar en «la gran ocasión» de la que habla Graciela Montes (2007), la ocasión de dar de leer, la atmósfera que hace posible la experiencia. Y pienso junto a Miguel Dalmaroni, porque me viene al cuerpo desde una lectura también: «Todos podemos probar leer lo que sea» (2011: 5).

Es mi hijo aquel que lee. Y entonces también todos los hijos. Todos los niños. Lo mismo, más ajeno, tal vez, más frío atravesado por la escuela, por un espacio lejano al hogar, al olor a comida, a sonidos propios que circundan la casa: los niños que leen en la escuela. Después, además, el «sujeto secundario», como los llama Dalmaroni de un modo irónico y real. Los jóvenes de la escuela secundaria, que leen en la escuela. Que deben leer en la escuela.

¿Qué se lee en este lugar? ¿Cómo se lee en ese espacio de salones, patios y pasillos? ¿Qué se da de leer? Sobre el banco, en el pupitre, frente a la pizarra. Dar de leer en la escuela implica también, hoy, una palabra atrofiada deliberadamente, una palabra tomada, capturada, a punto de necrosis. Un espacio-palabra que no deja lugar para el cuerpo, que busca asegurar su destino a las normas, a la pauta del cómo debe hacerse, a la institución que aprueba o reprueba. A lo institucionalmente compartido, sabido, tranquilizador. Nada tiene que hacer allí la planta del pie sobre página. No hay viaje por comenzar, sino destinos que cumplir, fines y objetivos, propósitos. Y entonces es agobio. Se convierte en tarea, en esfuerzo, en trabajo. Deja de ser camino, deja de ser búsqueda de algo porque sí. Ya no es un atravesar por estarlo haciendo. Ha dejado de ser juego. Se perdió la experiencia y, con ella, la libertad posible. Ha dejado, así, de ser



fluir del cuerpo que se abre cuando se abre el libro. Quizás nunca lo fue. Quizás nunca, después, más allá de la escuela, lo será jamás. Quizás ninguna mano le dará de leer nunca. Aunque, eso sí, ha aprobado la escuela, tiene su título, sus conocimientos acreditados por la institución escolar. O no, deberá rendir aún, dar cuenta de sus saberes. Al final, habrá pasado por ahí. Y lo vemos partir en un viaje que lo aleja de la palabra viva. No se ha abierto el libro para él.

Me pregunto por el lugar que puede dar la escuela. Me pregunto por el lugar del libro. ¿Cuál es la gran ocasión para dar a leer y retirarse (quedándose generosamente), quitar la mano dejándola tal vez? Dejar que viaje el lenguaje por el espacio del aula. ¿Es el aula un espacio posible para el viaje? ¿Puede ser el aula un espacio posible para que viva la palabra, para que el lenguaje esté vivo?

La escuela es la gran ocasión, dice Montes: «La escuela puede desempeñar el mejor papel en esta puesta en escena de la actitud de lectura, que incluye, entre otras cosas, un tomarse el tiempo para mirar el mundo» (2007: 7). La escuela no debe perderse ese privilegio de ser la gran ocasión, la gran oportunidad de dar de leer a quienes, quizás, nunca más lean. O a quienes sigan leyendo, o lean menos, o más, o lean otras cosas. Un lugar posible para mirar el mundo desde allí.

«Todos podemos probar leer lo que sea». Pero en ese gesto de dar a leer, de acercar un libro (en el libro, en el papel, en la voz, en la pantalla de una computadora, en el celular) para ofrecer lo que sea, debe también estar el darse, que bien puede traducirse en lo que elijo para darte. Leer lo que sea que yo he elegido para vos. Y pienso ahora en la idea de la intensidad de lo que leo, de lo que elegí para darte: «El secreto del arte no es la belleza, ni la perfección, ni... El secreto del arte está en la intensidad. [...] Ese es el territorio de la literatura» (Andruetto: 2009, 78).

La intensidad. Ese es el libro que elijo para mi gesto de dar a leer. Porque no quiero que mi libro para vos sea un ejemplo de valores que una sociedad eligió arbitraria y caprichosamente (o convenientemente) que son los que debes asumir. No quiero que aprendas la lección ni quiero moralejas para vos. Quiero que viajes intensamente, o que puedas sentirte capaz, libre y capaz, de dejar a un lado el libro que he querido darte, y que tomes otro. Y ofrecerte otro. En un gesto de infinito desgajar el instante posible en que un mundo se abrirá ante tus ojos. Intensamente.

Porque la escuela puede ser un lugar posible para la hospitalidad. La idea de hospitalidad entraña imágenes de amabilidad, del que recibe muellemente, del que busca bienestar en los invitados a su casa. Me gusta pensar en ese gesto para la escuela.



Un lugar hospitalario en el que es posible la ocasión, en el que voy a darte el libro que elegí para vos, en el que puedas sentirte a gusto. No un espacio en el que debas adaptar tu otredad a las normas rígidas de lo que debe hacerse. Sino un sitio posible para que, aunque lejos de tu casa, puedas sentir un instante de tu casa. Y que puedas leer con el cuerpo lo que otro ha escrito, también con el cuerpo.

Entonces, la escuela como un lugar en donde el enigma que sos pueda acercarme, también, a mi propio enigma. Donde podamos leer el mundo, en el mundo, intensamente, mirándolo. Donde el susurro de una voz que te cuenta historias te traiga los aromas de tu casa, los signos que fuiste desentrañando, con tu propio trabajo de viajero, los sonidos que leíste, los silencios del espacio vacío del papel. Un lugar, en fin, donde la planta de tu pie pueda sentir el liso frío de la página ilustración. Donde yo sea capaz de suspender mi ignorancia. Y que no te vayas sin libros abiertos para vos. Y que puedas iniciar el viaje. Y que el libro pueda ver los ojos de tu asombro. Y que esté vivo.

Bibliografía

Andruetto, María Teresa (2009). El valor y los valores se muerden la cola. En *Decir, existir*. Buenos Aires: La Bohemia.

Dalmaroni, Miguel (2011). La crítica universitaria y el *sujeto secundario*. Panfleto sobre un modo de intervención subalterno. *El toldo de Astier. Propuestas y estudios sobre enseñanza de la lengua y la literatura*, 2(2). Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4644/pr.4644.pdf

Guerrero Guadarrama, Laura (2008). La neo-subversión en la literatura infantil y juvenil, ecos de la posmodernidad. *Ocnos. Revista de estudios sobre lectura*, (4), pp. 35-55. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/2591/259119718003.pdf>

Larrosa, Jorge (2000). El enigma de la infancia. O lo que va de lo imposible a lo verdadero. En *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, educación* (pp. 165-179). Buenos Aires: Noveduc.

Montes, Graciela (2007). *La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura*. Buenos Aires: Ministerio de educación, Ciencia y Tecnología.

Skliar, Carlos (2011). Un gesto, apenas un gesto: abrir un libro. En Juana Porro (Comp.), *Educación literaria. Articulación entre escuela media y universidad* (pp. 13-24). Río Negro: CURZA, UNCO